

MANUEL C. CULIÁÑEZ CELDRÁN Y A. SERRANO DEL
TORO, *FRONTERA, CAUTIVERIO Y CULTURA MATERIAL EN
LA ORIHUELA BAJOMEDIEVAL*, ALICANTE, PUBLICACIONES
DE LA UNIVERSITAT D'ALACANT, 2024, 228 PÁGS.
ISBN: 9788497178624

DAVID IGUAL LUIS
Universidad de Castilla-La Mancha

Unos personajes, unos hechos y una documentación dan pie a este libro. Los personajes: tres individuos residentes en Orihuela a inicios del siglo XV y que, por entonces, se mostraron activos en las fronteras del sureste hispánico, es decir, el espacio comprendido entre la propia Orihuela y, por tanto, el sur del reino de Valencia, el reino de Murcia y el reino de Granada. Sus nombres son, tal y como reproduce la obra, “Anthoni de Fonts, Berthomeu de Monuera y Ginés Yuanyes” (p. 111). Los tres son calificables como “almogávares” y, de ellos, destaca el “caso paradigmático” (p. 61) de Monuera, quien parece provenir de Lorca (al igual que Yuanyes, por cierto) y es asimismo tildable de “almocadén”, con una trayectoria que puede rastrearse desde finales del siglo XIV. Los hechos: el secuestro o “rpto de corso” (p. 88) de cuatro musulmanes de Vera, en Granada, que protagonizaron los tres sujetos indicados sirviéndose de una embarcación patroneada por Fonts. La incursión se acredita durante las primeras semanas de 1417. Según las autoridades oriolanas, esta no contaba con licencia legal y contravenía las treguas pactadas con Granada, lo que originó la respuesta de los responsables municipales. Sea como fuere, Anthoni de Fonts, que a su vez había sufrido cautiverio en 1412, fue el promotor y organizador de la expedición y, desde luego, debía disponer de “un capital lo suficientemente notable” (p. 113) como para armar la nave y enrolar a quienes se desplazaron con ella hasta perpetrar el suceso. La documentación: diversas fuentes de febrero a abril de 1417, procedentes del Archivo Municipal de Orihuela y transcritas en el apéndice final del volumen, que permiten examinar el acontecimiento reseñado. Entre los documentos sobresale, con fecha de 5 de febrero, un inventario “punitivo” de los bienes de los tres almogávares, elaborado “en previsión de que fuera imposible recuperar a los nazaries cautivos” porque estos hubieran sido vendidos “rápidamente en cualquier mercado externo a Orihuela antes de poder dar con ellos” (pp. 100-101). Con estos fundamentos, el libro supone una aportación más al inagotable tema de la relación entre frontera y cautiverio en el cuadrante sudoriental ibérico, investigado en este caso desde el rico observatorio de Orihuela. No obstante, al interés intrínseco que puede revestir la disección del secuestro testimoniado en 1417 y sus peculiaridades, se

añade aquí como mayor novedad el aprovechamiento a fondo del inventario de bienes que acabo de mencionar. Un inventario con una extensión relativamente breve (apenas ocupa página y media del apéndice, pp. 184-186), pero con un contenido fructífero que, junto a la restante documentación manejada y a la adecuada contextualización que proporciona una amplia bibliografía que se emplea profusamente (baste revisar las largas notas a pie de página que aparecen en los apartados dedicados al inventario), posibilita acercarse a la cultura material que rodeaba a Fonts, Monuera e Yuanyes y, también, ser “punto de partida para comprender mejor la vida de estos personajes” y aproximarse “a su estatus social” y “a la diversificación de sus actividades económicas” (p. 181). En definitiva, el inventario otorga la oportunidad de ser usado como base para profundizar en el componente doméstico y personal, que es asimismo social y económico, de una categoría de actores típicamente fronterizos al menos en el área abordada y sobre los cuales, por desgracia, el estado y la condición de las fuentes conservadas no siempre facilitan el conocimiento conveniente.

El estudio se divide en dos grandes partes. El prólogo que escribe Juan Antonio Barrio Barrio, catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Alicante, aclara pronto (pp. 9-13) que Manuel C. Culiáñez Celdrán es el autor de la primera parte y Andrés Serrano del Toro de la segunda. Manuel Culiáñez y Andrés Serrano son doctores en Historia Medieval por la Universidad de Murcia. Sus tesis (de Culiáñez en 2016 y Serrano en 2015) afrontaron la cuestión de la cautividad en el siglo XIV o en el siglo XV en todo el espacio de frontera que estoy señalando. Ambos historiadores son, por tanto, plenos especialistas en el tema tratado y, por ello, vuelcan en el presente libro sus años de experiencia en la investigación de la problemática.

La parte inicial (pp. 15-101) lleva por título “Cautividad y frontera en Orihuela a principios del siglo XV” y su objetivo es brindar “una visión general de la actividad económica de la cautividad [...] en la conjunción de las fronteras valenciana, castellana y granadina, así como la descripción de los almogávares implicados y del caso concreto del que surge” el trabajo (p. 20). Además de la que sería la introducción global de la obra, esta parte incluye tres puntos que se consagran al asunto de la cautividad (donde no se obvia poner en relación este concepto con el de esclavitud), al análisis específico de la frontera entre Orihuela y Granada y a la explicación del incidente provocado por Anthoni de Fonts, Berthomeu de Monuera y Ginés Yuanyes. Esto último se hace, como he sugerido antes, poniendo el foco en Monuera, de quien se conocen datos hasta los años treinta del siglo XV que lo perfilan como un individuo empeñado justamente en las fronteras terrestre y marítima que comprendían hasta el reino granadino, interesado por el negocio del cautiverio y generador de conflictos e interferencias entre Orihuela y las localidades de Murcia y Granada, aunque empleado en ocasiones por el propio municipio oriolano para vigilar y defender el término de posibles peligros procedentes de tierras nazaríes.

La segunda parte (pp. 103-171) versa sobre “Vivienda y cultura material en Orihuela durante la Baja Edad Media”. Bajo semejante enunciado se reúne el examen pormenorizado del inventario de bienes ya resaltado, un documento “jurídico” que posee la

“riqueza de un texto de carácter enumerativo y, de alguna forma, coercitivo, concebido como respuesta teóricamente ejemplarizante de las autoridades” ante la acción ilegal de Fonts, Monuera e Yuanyes (pp. 17-18). Estas páginas se abren con una introducción sobre la historiografía acerca de la cultura material y del valor de los inventarios, continúan con una breve presentación del inventario de 1417 donde se subraya que este es “el único testimonio” del que los autores tienen “noticia por ahora en donde se aporte luz acerca de la realidad material de los almogávares” (p. 111), y acaban estructurándose en dos puntos: uno más corto (pp. 113-121) en torno a los bienes inmuebles (viviendas y explotaciones agrarias) que se citan en la fuente; el siguiente, mucho más prolijo (pp. 123-171), sobre los bienes muebles que también figuran en ella y que constan clasificados por “su naturaleza y función” (muebles y utensilios y textiles) y distribuidos según “tres ámbitos bien definidos” como los que pudieron constituir “la cocina, el dormitorio y el comedor”, sin que esto implique considerar que “la referencia a determinado mueble” conlleve “la existencia de una estancia concreta como espacio autónomo” (p. 112).

El contenido de estas dos grandes partes ratifica, mediante numerosos apuntes, la permanente y bien conocida dualidad que marcó a fines del Medievo la compleja vida en las fronteras valenciano-murciano-granadinas: la producida entre múltiples elementos “de colisión o de lucha, de visión negativa del otro”, y los también múltiples signos “de mezcolanza de intereses económicos y de convivencia cotidiana” (p. 48). En medio de estas circunstancias, el aspecto que más me ha atraído del libro concierne a la caracterización del componente humano y social de lo fronterizo que se desarrollaba alrededor de “la captura de seres humanos y su comercio”, una actividad “de primer orden” en la zona que, en el caso de los cautivos, generaba “un continuo flujo de individuos cuya situación personal y su libertad” dependían “de la posibilidad de encontrar una fórmula para repatriarse o ser repatriado a su lugar de origen” (pp. 17, 19 y 31). Sin embargo, la mayor preocupación de la obra se dirige a quienes vivían de este negocio, gentes como Fonts, Monuera e Yuanyes con quienes cabe retratar al “tipo humano de la frontera” porque, en realidad, los tres sujetos conforman “exponentes” del hombre fronterizo y “arquetipos y forjadores de un estilo de vida muy particular” (pp. 53 y 111). Esta clase de personajes permite enfatizar, por ejemplo, la variedad de grupos sociales que se valían del cautiverio para progresar y promocionarse o reproducir su estatus, las condiciones de movilidad sociolaboral y territorial con que los interesados desempeñaban su intervención en este mundo, las diferentes posiciones con las que aquellos participaban en él, cómo sus comportamientos llegaban a determinar más la cotidianidad de la frontera que las decisiones políticas y las medidas institucionales, o cómo las autoridades podían ser ambivalentes frente a estos individuos, ya fuera persiguiéndolos cuando cometían ilegalidades, ya fuera aprovechándose de su capacidad de actuación, ya fuera consintiendo sus movimientos entre otras razones porque, entre este género de protagonistas, había integrantes de los estamentos dirigentes (pp. 18, 19, 57, 60, 68 y 71). Anthoni de Fonts, de hecho, formaba parte de la oligarquía oriolana. Por contraste, Berthomeu de Monuera poseía un nivel socioeconómico bastante más modesto y estaba fuera de los “estratos sociales elevados”, mientras que las tierras de las

que era dueño Ginés Yuanyes y su hipotética relación con el comercio del vino alejan a este tercer individuo de “cualquier imagen de marginación o penuria”. Yuanyes se muestra así, incluso, como “un personaje en plena efervescencia social, proyectándose socialmente y desarrollando estrategias para asimilarse a la oligarquía local”, a la “que intentaba imitar en su modo de vida” (pp. 87-88, 113-114, 117 y 182).

Las últimas palabras que acabo de entrecomillar pertenecen a las conclusiones del volumen. Estas aparecen dentro de una tercera parte del libro (pp. 173-228) que, bajo el título colectivo de “Apéndice”, incluye también los documentos de los hechos de 1417 que se transcriben, la lista de bibliografía y fuentes secundarias utilizadas por los autores y el índice onomástico y toponímico. Se cierra de esta manera un estudio que creo que es relevante para quienes investigan específicamente los fenómenos y las áreas que se abordan en la publicación, pero que, más en general, aporta elementos de indudable interés para la caracterización de las sociedades hispánicas bajomedievales que la historiografía practica constantemente.